

la naturaleza y sus señales.—La ciencia y sus axiomas.—La incredulidad, sobre todo, en sus errores.

3.º *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.*—Alusiones al estado anterior del pueblo ó país.—Gracias á Dios que ha hecho desaparecer la aflicción.

4.º *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus; pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*—Expresión de gratitud pública y solemne.—Los Santos han intercedido.—Nuestros antepasados rogaron en su lecho de muerte.

5.º *O Domine, quia ego servus tuus: ego servus tuus, et filius ancilla tuæ.*—Continuación del verso precedente.—Somos hijos de aquellas madres, y siervos como ellas de Dios.—Y te apiadaste por eso.

6.º *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.*—Rompiste mis lazos de pena y de culpa.—Gracias por doble beneficio.

7.º *Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus, in atris domus Domini, in medio tui, Jerusalem.*—Reduplicuemos las gracias.—Y no sólo delante de todo el pueblo, sino en este santo lugar en que pedimos perdón y se nos otorgó el beneficio.—Súplica.

## SERMON

### DE ACCION DE GRACIAS POR CURACIÓN DE UN ENFERMO.

*Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.*

Mira que ya estás sano: no quieras pecar más, porque no te acontezca alguna cosa peor.

(Joan., c. V, v. 14.)

Pasaba Jesús de Samaria á Galilea: junto al pozo de Jacob, extramuros de la ciudad de Sichar, había dado la salud del alma á una mujer, y esta mujer había atraído á la salud y á la vida á todos sus convecinos, llevándolos al mismo sitio en que ella acababa de recibirla; y el Salvador había permanecido dos días entre aquellos samaritanos odiados del pueblo judío, *haciendo bien*, sin duda, entre ellos, como en todas partes, para usar la misma bellísima concisa palabra del Libro escrito por San Lucas.

Apenas entrado en Caná, testigo del primer milagro de su vida pública, se arrojó á sus pies un reyezuelo, cuyo hijo se encontraba en Cafarnaum espirando: *baja, Señor, baja*, le decía, *antes que mi hijo sea presa de la muerte.*

Más pobre de fe que el Centurión gentil, aquel hombre parecía no prestar atención á las palabras de Jesucristo, que le reprochaba esta falta, envuelta en su misma exigente petición: pero al oírle decir que marchara confiado, porque su hijo tenía vida, creyó, y creyó lo que antes no creía: que sin necesidad

de la presencia corporal y visible, sin el contacto material del Hijo de Dios con el suyo, podía éste ser completamente curado: sus siervos vinieron á encontrarle para decirle que la fiebre le había abandonado, cabalmente á la misma hora que Jesús le anunciaba su vida; y creyó, por fin, y su casa toda también: y esta, dice el Evangelista San Juan, fué la segunda señal que hizo Jesús en Galilea, donde convirtió antes el agua en vino, en las bodas.

Y según el mismo Evangelista, que termina así el capítulo 4.º y luego comienza el 5.º, subió Jesús á Jerusalén, porque era el día festivo de los judíos; y nos describe la piscina profética, *Bethsaida* en idioma hebreo, con sus cinco pórticos, imagen profética de las cinco llagas del Redentor, según los intérpretes y expositores sagrados; y la multitud inmensa de enfermos de todas dolencias que esperaban resignados bajo estos pórticos la bajada del ángel de las curaciones, que descendía á remover el agua alguna vez, y que operaba una sola, en el primer enfermo que lograba acercarse á la piscina y lavarse en aquellas misteriosas corrientes animadas por el soplo del celestial espíritu, como las aguas del caos en los primeros días de la creación, cuando el de Dios era llevado sobre ellas..... ¡Y entre aquellos desdichados había uno *que no tenía hombre!* ¡Y cuando se atropellaban todos por aprovecharse del prodigio, el infeliz quedaba siempre en su camilla!

Y el Salvador le pregunta si quiere ser sanado, y le manda tomar acuestas su lecho de dolor de treinta y ocho años; y después que atraviesa triunfante y gozoso aquellos pórticos, testigos de su abandono y de sus sufrimientos, ante la mirada estupefacta de sus compañeros de infortunio y la hipócrita de las turbas y de los hombres de la Ley, Jesús le vuelve á encontrar en el templo y le recuerda su curación milagrosa, y le advierte lo que debe evitar para ser sano, feliz y dichoso, con las palabras de mi tema: *Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.*

Y estas mismas te dirige á ti hoy, enfermo afortunado, res-

tituido á la vida y á la salud por un efecto de su imponderable grandeza y de su nunca bien alabada misericordia: tú vienes aquí, como es justo y debido, á darle rendidas gracias por tan inmenso favor y tan inapreciable beneficio: pues bien, al darte las yo contigo y con todo mi auditorio, quiero insinuarte, con el Salvador, el mejor modo de hacerlo para honra y gloria suya, y provecho tuyo también: evitando el pecado y recordando siempre la prueba á que te sujetó Dios para apreciar y agradecer el beneficio que te dispensa.

Imploramos tú y nosotros rendidos las luces del Espíritu Santo.

AVE MARIA.

No es solamente, por cierto, en el pasaje del paralítico de la piscina donde Jesucristo establece el indudable axioma de que el pecado es la causa más ó menos influyente de las enfermedades físicas: ya en Cafarnaum, ante otro pobre tullido que le presentaban inmóvil en su lecho, bajándolo desde la techumbre de la casa donde había penetrado, oprimido por la inmensa multitud que le seguía, había pronunciado estas palabras, como absolución previa é indispensable y precisa de todo punto antes de operar la curación en aquel desdichado: *Hijo, te son perdonados tus pecados.*

¿Por qué (preguntan á este propósito los Santos Padres y comentadores del Sagrado Libro), por qué, en vez de prometerle la salud que tan ansiosa como pacientemente aguardaba, le habla de remisión de sus culpas antes de mandarle alzarse del lecho del dolor y pasear á la vista de aquel inmenso concurso sus miembros, antes entumecidos por la parálisis? Porque para quitar el efecto es preciso, lógicamente hablando, anular la causa; porque aparte de la altísima y fecunda enseñanza que prestaba á ciertos hombres que le escuchaban, apoyando con un prodigio inmediato su autoridad de perdonar los pecados, podía y debía remover antes la causa, que era el

pecado, para curar después la enfermedad, que era el efecto desastroso.

Y no estará demás aquí mencionar, hermanos míos, con el venerable Beda y otros ilustres escritores eclesiásticos, las diversas razones porque Dios se sirve enviar sobre nosotros los padecimientos del cuerpo: unas veces, como en Herodes, Antioco y otros mil impíos, es la enfermedad corporal, en su exacerbación y crueldad, el comienzo y señal anticipada del eterno castigo, ya á los mismos reservado; otras, castigo temporal de la culpa, como en María, hermana de Moisés; en estos humillación, como la ceguera instantánea de Saulo; en aquellos, prueba y aumento de mérito, cual en Job y en Tobías; en los otros, manifestación especial de la gloria de Dios, como en el ciegucecito de nacimiento; y siempre y en todos casos, instrumento es la enfermedad de los inexcrutables designios de Dios sobre nosotros, y efecto, si no del pecado actual, y por consecuencia su expiación y castigo, expiación y castigo, ó por lo menos eterno efecto y reminiscencia y deplorable reliquia de aquella primera culpa que todo lo trastornó en el ser nuestro.

Mirad si no, hermanos míos: estudiad siquiera por un momento esta eterna y profunda antítesis que en el orden físico como en el moral y en el intelectual se observa en nosotros, y reconoceréis sin mucho esfuerzo la huella de esa primera falta, las consecuencias de esa caída, el desastroso efecto de esa culpa primera, de todos estos males causa y origen.

Hay en el hombre, sí, mis amados hermanos, una grandeza que admira y una miseria que espanta, aun considerado en el orden material, visible, físico y palpable: que es esta cárcel del cuerpo, este cuerpo de muerte, como le apellidaba San Pablo, un conjunto tal de bellezas y de maravillas que bien merece admirarse como la obra predilecta de la creación, como un pequeño universo: mas al lado de esta grandeza que admira en todos, hasta al parecer sus más insignificantes detalles, encontramos siempre, y como consecuencia de esa misma delicade-

za de conjunto y de proporciones, una miseria que espanta; hasta el punto de que el hombre, el rey de este mundo de prodigios, el habitante de este palacio de secretos y de bellezas, el poseedor de este cuerpo tan admirablemente trazado por el divino Artífice, viene á ignorar al fin, fluctuando entre esa grandeza y esa miseria que luchan en su organismo, si le es más familiar la enfermedad ó la salud, la vida ó la muerte.

Pero Dios, que es la vida, y que quiere para el hombre, como expresión infinita de su poder y de su bondad, la vida en todos los terrenos; Dios, que entre los bienes que se sirve dispensar á sus criaturas, en concepto del Angélico Doctor de Aquino, coloca la salud del cuerpo, *bonum corporis*, dice Santo Tomás, ó lo que es lo mismo *bonum vitæ et sanitatis*, el bien de la vida y de la salud, inmediatamente á continuación del bien del alma, de la gracia, que es el primero y principal de todos, Dios, repito, ha sabido colocar en mil elementos esa salud y esa vida, y depositar en los hombres dedicados á la noble profesión de curar, el caudal de ciencia que les hace respetables hasta en frase de la Santa Escritura: y el pobre enfermo, que se revuelve en su lecho de dolor mil y mil noches de insomnio, recordando y apreciando todo el inmenso bien de la salud, cuando se halla postrado por la dolencia, ve en esos hombres, y en esa ciencia, y en esa naturaleza puesta á su servicio tan pródiga y sabiamente, esa expresión infinita de la grandeza y de la bondad divina de que yo os hablaba, hermanos míos, hace apenas un instante, y confía en ella, y clama, y levanta su voz como el Centurión y como la Hemorroisa, y como la Cananea, y como el Régulo, y como los ciegos de Jericó y los leprosos de los términos de Samaria y de Galilea.

Mas hay momentos, ¿no es verdad, agradecido enfermo mío? hay momentos en que la cabeza se turba y el corazón desfallece; en que los remedios y los aforismos y las prácticas de la ciencia son inútiles; momentos en que Dios parece colocar una venda sobre la frente de los Galenos y de los Hipó-

crates para que no vean; y sustraer su virtud á las medicinas, y suscitar nuevas, inesperadas y supremas crisis y complicaciones en el curso de la dolencia; y entonces, perdida toda esperanza humana, es preciso acudir especialmente á Dios.

¡A Dios, sí, á Dios, que tiene medicinas espirituales en los sacramentos, en la oración, en la invocación de los Santos, en la aplicación de sus reliquias, en los votos, en las promesas, en las devociones particulares del enfermo y de sus parientes y amigos, en todo ese inmenso arsenal, en fin, de que dispone en su nombre la Iglesia, y la piedad, y la fe! ¡A Dios, que confunde la ciencia del hombre para que brille su poder y su amor en esos casos desesperados, en esos instantes supremos! ¡A Dios, que se constituye en médico y medicina, en salud y vida para el pobre desahuciado que no tiene ni médico, ni medicina, ni salud, ni vida según el fallo de la ciencia y de la experiencia humana!

¿No lo has experimentado así, querido enfermo? ¿No has sido puesto en las manos de Dios por las de los hombres, impotentes ya de todo punto para sanarte? ¿No te pusiste tú mismo en esas divinas manos con entera confianza, escuchando los sollozos de los que te amaban, señal é indicio seguro de tu sentencia de sufrimientos y de muerte?

¡Sí! ¡Pediste, y has conseguido! ¡Llamaste, y la puerta se abrió! ¡Que el Dios al que clamabas, antes que todo es padre! ¡Y un padre, según su misma inefable expresión, no puede dar un reptil venenoso al hijo angustiado que le pide un pez! ¡Y si le piden un poco de pan á media noche y porfían en la demanda, se levantará sin demora para alargarlo!

Por eso demuestras hoy, en tan solemne y pública manifestación, tu sincero y profundo agradecimiento: por eso, como el extranjero leproso, vienes á dar las debidas gracias al que se sirvió limpiarte con sola una palabra, con un solo acto de su voluntad omnipotente y amorosa: diez fueron librados de la misma asquerosa dolencia al pasar el Salvador por una aldea sita en los confines de Galilea y de Samaria: clamaron

á grandes voces; obedecieron el mandato de Jesús, y al obedecer fueron curados: aprende tú en esto á obedecer esos mandatos, y los del sacerdocio, y los de la Iglesia; pero fueron ingratos los nueve, y sólo uno, que no era de Israel, volvió: ¡pero tú, que eres del pueblo de Dios, no te pareces por eso mismo á los nueve desagradecidos que arrancaron del dulcísimo pecho de su bienhechor aquella expresión de inimitable reproche y de amargura indecible! ¡Tú vuelves, y vuelves á este santo templo curado y agradecido! ¡Tú crees, y contigo toda tu casa y familia, como la familia y la casa del reyezuelo cafarnaíta! ¡Tú te levantas en seguida, sin dilación alguna, y le sirves, y á su Iglesia, y á sus ministros, como la suegra de Pedro, libertada milagrosamente de la fiebre, servía á Jesús y á sus seguidores!

Y vuelvo á mi tema principal: ¿sabes qué clase de calenturas afligen á la pobre humanidad, representada en la suegra del Príncipe de los Apóstoles? Te lo dirá San Ambrosio al afirmar que nuestra fiebre es la avaricia, la corrupción y la ira; te lo dirá San Agustín afirmando que los milagros y las curaciones de Jesucristo tienen su lengua y su idioma; y San Pedro Crisólogo, asegurando que Cristo en esos hechos tangibles ejerció y practicó y manifestó misterios y secretos inefables: ¡el alma, siempre, antes que el cuerpo! ¡La salud eterna significada en la temporal! ¡El pecado, causa de los males físicos!

¡Llora, pues, enfermo amado, pero llora de gratitud! ¡Llora, pero llora de dolor por tus culpas pasadas, y de alegría por tu salud presente! ¡Llora si fuiste pecador! ¡Llora si has sido justo probado! ¡Llora, y no ceses de llorar, porque acaso, y sin acaso, como Lázaro, el joven hijo de la viuda de Naim y la pequeña hija de Jairo, has sido casi restituído á la vida desde los umbrales de la muerte! ¡Llora, en fin, y llora mucho, porque ese llanto, esas lágrimas, son la moneda de gratitud que pones sobre los altares del Dios vivo!

¡Y llorad con él y por él, parientes, amigos, fieles todos que me estáis escuchando! ¡Vosotros pedisteis por su salud,

como los discípulos al Salvador por la suegra de Andrés y de Pedro! Y mirad: á la puesta del sol, dice esa misma página del Evangelio, todos los que tenían enfermos de diversas dolencias, se los presentaban; y Él, imponiéndoles sus benditas manos, los sanaba. ¡Traédselos vosotros, encomendádselos, hermanos míos, á la vista de este grande ejemplo y de este reconocido milagro, cuando se haya puesto en vuestras casas el sol de la esperanza en los hombres, que para Dios no hay noche como para los cálculos de la prudencia y de la experiencia de los mortales! ¡Que Dios es siempre luz, y felicidad, y salud, y vida!

No quiero molestarte más, querido convaleciente, ni emocionaros más, miembros de su familia, honrados con su amistad, convecinos y fieles todos; vosotros proseguiréis la acción de gracias tan escasamente iniciada por mí en el fondo de vuestras almas, y la conservaréis para siempre, lo espero, en vuestra memoria.

Y vos, Dios mío, apartad de nuestras casas y familias la enfermedad, el llanto y la desgracia: que Rafael, Arcángel de las curaciones, medicina de Dios según la etimología de su nombre, médico probado en el eterno claustro y paraninfo del cielo, proteja á este enfermo restablecido para en adelante, su casa, familia y propiedades; que renueve de vez en cuando, según la necesidad lo exigiere, los milagros de la piscina de las fieles ovejas de Cristo; que Vos mismo seáis, Señor la serpiente de bronce levantada á la vista de este cristiano pueblo, en los instantes supremos y en las circunstancias difíciles; hasta que algún día, ¡día dichoso!, libres de las enfermedades y ya sin temor á la muerte, cantemos el himno de la gloria, de la acción de gracias, de la vida y de la salud en las mansiones eternas del cielo.—Amén.

## CROQUIS DEL SERMÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS POR CURACIÓN DE ENFERMO.

*Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.*

Mira que ya estás sano: no quieras pecar más, porque no te acontezca alguna cosa peor.

(Joan., c. V, v. 14.)

*Exordio.* La Samaritana.—El Régulo.—El paralítico de la piscina.—Aplicación al asunto.—El pecado causa de la enfermedad.—Curado ya, debes evitarle en lo sucesivo.

El paralítico de Cafarnaum.—Perdón anticipado de la culpa, antes de la curación.—Los Santos Padres sobre este punto.—La causa y el efecto.—Causas de las enfermedades, en el orden providencial, y designios de Dios en ellas.—El pecado original.—Su demostración en el mismo aspecto físico del hombre.—Antítesis de grandeza y de miseria.—Dios es la vida, y la desea para el hombre.—Naturaleza y ciencia conspirando á este fin.—Pruebas en este enfermo.—Supremo dominio de Dios en ciertos casos.—Los Sacramentos y las devociones, y las promesas, y la fe.—Dios, que ciega la ciencia humana á veces, da la salud por sí solo.—Apóstrofe al enfermo.—La gratitud.—Los diez leprosos.—La suegra de Pedro.—Las fiebres espirituales.—Insistencia sobre el tema principal.—Los hechos de Jesucristo, y su significado según los Santos Padres.—Lágrimas de agradecimiento, y su valor.—Exhortación á los circunstantes sobre los enfermos curados por el Salvador.—La puesta del sol del Evangelio.—Súplica.